

CRISTINA PERI ROSSI ACERCA
DE "LA ÍNDOLE DE LA DISCIPLINA"

Mariana Alvarado

Universidad Nacional de Cuyo / CONICET (Argentina)

marianaalvarado@yahoo.com

Resumen

El presente trabajo es el ensayo de un pensamiento provisorio que tiene como pre-texto un texto literario. El pre-texto es un cuento de *Cosmoagonías* de la uruguaya Cristina Peri Rossi. El cuento presenta la trama de un disciplinamiento que legitima ciertas prácticas propias de las sociedades contemporáneas. El pensamiento provisorio atiende a Santiago Kovadloff, Arturo Andrés Roig y Michel Foucault como puntos de fuga para un ejercicio filosófico sobre la literatura y desde ella.

Palabras clave: prácticas disciplinarias, producción discursiva, disciplina de las instituciones, lógicas totalitarias.

Tesaurus cuentista

A veinticinco años de su primera colección de cuentos publicada en Montevideo bajo el título *Viviendo* (1), la uruguaya Cristina Peri Rossi, exiliada en España, publica hacia 1988 en Barcelona, *Cosmoagonías* (2). Un repertorio de diecisiete cuentos breves. De una extensión tal que la de una nota para la compra del supermercado o del listado que enumera los ingredientes que acompañan el plato fuerte de la cena asentado a oído de lo dicho en un programa televisivo de cocina. Con la sutileza del que sabe escuchar puntea lo elemental; escribe como se habla. El título evoca un espacio en el que tienen lugar las congojas, los desconsuelos, las presiones, las angustias, los tormentos pero análogamente refiere a las cosmogonías aquel intersticio en el que tiene lugar algo, en el que un acontecimiento tiene su origen, en el que se inicia la formación, el desarrollo, el crecimiento. Un espacio cuyo padecimiento da lugar al nacimiento. En "El Club de los amnésicos", la amnesia gesta autonomía de los objetos y la memoria, el dominio sobre las cosas; la amnesia da lugar a la imaginación un tiempo otro en el que no es posible fijar el instante fotográficamente; el olvido provoca el desprendimiento del mundo exterior y el naufragio en las costas de lo interno. En "Suicidios, S.A." la ciudad es el lugar gestado para que tenga lugar público la posibilidad que imposibilita. Las prácticas suicidas instalan la urgencia de transformar la ciudad de modo tal que sea posible concretar el acto en cualquier lugar sin atender al tránsito o por atender a ello. El comité, las actas, la estructura, el partido, la lucha, los principios y el dogma de la causa, la perseverancia y el esfuerzo de los afiliados en el movimiento son el espacio común que, en "El mártir", emplaza al mártir como punto de partida "para", como pro-yecto "de". Lo nuevo como continuidad de lo precedente e instalación de lo mismo. Un mártir idóneo no es un mártir espontáneo. Ciertas características condicionan que su acción sea eficaz: un nombre sin diptongos ni repiques de consonantes; una edad óptima -ni hombres maduros, ni mujeres adultas, ni niños de pecho-; decididamente masculino de 25 a 30 años; ni estudiante ni obrero, más bien un empleado capaz de ser asesinado por la policía en el curso de una manifestación pacífica difundida por TV en los noticieros del mundo. Algo así como un Carlos Fuente Alba. Al límite de lo grotesco, la ridiculización y la carcajada, Peri Rossi instala una doble lectura de los espacios en los que tienen lugar los padeceres, pero además de todos los espacios agónicos que esos padeceres abren. La tradicional preferencia del vaso medio lleno al vaso medio vacío pasa del sentido común al sin sentido. En "El Club de los Indecisos" la elección está condenada a saberse errónea, aunque llene o aunque vacíe, en todo caso, la opción está parcialmente equivocada, motivo por el cual no es posible establecer una jerarquía axiológica respecto de cuál sea "el mejor modo de mirar el mundo".

Sintaxis (3) de una disciplina y un disciplinamiento

El narrador no se identifica con el personaje: poeta de siete años, en proceso de escolarización. Narra en tercera persona del singular, masculino remitiéndose a un pasado recurrente. Sin embargo, la voz del personaje principal tiene lugar para manifestarse y entrar en diálogo con Valeria, su hermana, con su madre, su padre. En tal caso el personaje habla en primera persona singular en un tiempo presente.

El narrador focaliza abarcadoramente lo que el personaje vive fragmentadamente. El narrador asexuado (presumimos la autora del cuento) legitima la fragmentación experiencial del personaje desde un hilo de sentido que articula la trama al final del relato.

Respecto de los rasgos temporales, rescatamos el atinente al orden de los sucesos y al de la frecuencia. El orden de los sucesos contados repudia lo lineal y se inserta en la repetición de un acontecimiento emplazado en al menos tres hechos a los que se

alude como marco de referencia que sitúan lo aprendido en “el saber de la vida”. Los sucesos relatados se cuentan una y otra vez, mas cada vez deja ver en la repetición de lo conocido la sospecha sobre lo mismo. Es que, algo quiere ser contado, es una y la misma cosa, presente allí en los eventos de la vida cotidiana experimentados por el personaje, pero también presente en otros tiempos, “*siempre había (hay) otros tiempos*”.

La presentación del espacio acompaña la dinámica temporal en tanto que los órdenes espaciales, referidos en el discurso, tales como la escuela, el aula, la casa, el comedor, el dormitorio, el hospital, el ejército, remiten a *un orden* que se refleja en la “hoja de papel” y se traduce en las prácticas que definen a tales espacios como lugares de disciplinamiento. El personaje entra y sale de un espacio a otro en tanto va y viene de un pasado remoto a un presente que parece no concluir sino al final.

Es posible segmentar la trama del cuento, atendiendo a los embragues (cambios de voz, de tiempo, de espacio) en ocho apartados:

- 1: Problema: el disciplinamiento de la hoja. De la “h” al dedo, del dedo a la boca, de la saliva a la hoja: la lagunita azul.
- 2: La disciplina paterna en los rastros de la memoria: plumas eran las de antes.
- 3: El enigma de la infancia. Valeria o la que pregunta en serio.
- 4: La disciplina escolar de las respuestas y las preguntas.
- 5: La disciplina paterna en los rastros de la memoria: el cigarrillo se fuma la memoria.
- 6: La intención de responderle a Valeria con una palabra desconocida.
- 7: En busca de una respuesta de pertenencia: un tío almirante y un primo capitán.
- 8: Un tío enfermo.
- 9: Solución al problema. El castigo. El cero púrpura y obsceno en la libreta.
- 10: La disciplina familiar: el castigo sobre el castigo.
- 11: Libertad de la materia: sus poesías.
- 12: Problema: el disciplinamiento de la hoja, la traducción de sus poesías, las briznas de papel en el dedo, de la laguna al agujero en la hoja.
- 13: Lo efímero y lo trascendente.
- 14: La comprensión de Valeria.
- 15: Violencia familiar.
- 16: La convención del lenguaje y el acuerdo de llamar a las cosas por su nombre.
- 17: Problema: de la “h” al dedo, del dedo a la laguna, de la laguna al agujero.
- 18: Solución: castigo: desposesión.
- 19: Ausencia de voz y mando.

Si bien advertimos un avance temporal en busca de posibles soluciones al problema principal (la “h” borrada con el dedo) y al secundario (la búsqueda de una respuesta a la adivinanza de su hermana) la narrativa incurre en un tiempo pasado que a modo de conciencia marca la línea de acción del adulto al menor en un tiempo presente que se proyecta a otro tiempo infante, la lúdica de los hermanos, en el que no hay palabras para nombrar las cosas y en el que la sintaxis escapa de lo enunciado.

Reconocemos el disciplinamiento en un discurso cuya materia discursiva es la disciplina y cuyo método es el atosigamiento. En este sentido la narración va en aumento, hacia la toma de conciencia de un infante de su infancia (in-fans: sin voz).

Consideramos, en síntesis, que el cuento presenta la trama del disciplinamiento que legitima las prácticas hacia el interior de la familia, la escuela, el hospital, la milicia como instituciones de control y vigilancia que imponen un orden disciplinar susceptible de homologarse al impuesto por el lenguaje.

De intertextos y contextos disciplinarios

Al leer *La índole de lenguaje* de Peri Rossi es inevitable establecer algunos vínculos desde una prospectiva filosófica. Santiago Kovadloff (4), Arturo Andrés Roig (5) y Michel Foucault (6) son los vínculos con-textuales desde los que articularemos en tres ejes el relato y re-significaremos la fábula.

He pensado titular a estos ejes como “La disciplina de la pregunta”; “el orden del lenguaje” y, por último, “las instituciones disciplinarias”.

1. La disciplina de la pregunta

Se nos educa para responder y no para preguntar. La escuela, en cuanto institución formadora, transmite certezas y no incertidumbres; postula saberes acabados, cerrados, fuera de la duda y el cuestionamiento; los pone allí, frente a los aprendices como verdades invulnerables a la sospecha. La pregunta vale como mediación que debe conducir a una respuesta presupuesta.

El que enseña busca en el aprendiz todo su saber, todo su poder, todo su querer, todo su esperar. La asimilación de lo mismo en el otro que ha dejado de ser alterno para homologarse.

Mientras la escuela es el lugar de las respuestas, para las preguntas se dejan las fronteras, los intersticios, las grietas, las medianeras en las que el equilibrio parece no inhibir la caída en la inquietud, la búsqueda. Una sociedad que cree contar con más respuestas de las que efectivamente tiene, preguntar resulta imperioso para poner al descubierto el nivel de simulación y jactancia con el que con-vivimos.

La intolerancia de los totalitarismos se despliega en la primacía de las respuestas sobre las preguntas. A fuerza de bayoneta quienes defienden que el saber tiene como sujeto un depositario pasivo antes que un intérprete activo han instalado cierta disposición respecto de las preguntas: el que pregunta es el ignorante, el que no sabe, el que carece de información; no es prestigioso preguntar a menos que un infante sea perdonado por alzar la voz con sus “ingeniosas ocurrencias”. De allí viene, entonces, ese miedo al ridículo, los tonos colorados en el rostro y los calores del que tiene vergüenza por mostrarse allí en lo que pregunta. Pero los niños se atreven a quedar a la intemperie rompiendo con la caparazón de una estructura opresiva, revulsiva, simuladora y encubridora. De allí que *“deteste el colegio, donde no podía borrar con el dedo y casi todo el tiempo corría el riesgo de estar sometido a interrogatorios acerca de diversísimas cosas. Cosas como la ubicación de un río, de una montaña, la descripción del aparato circulatorio, las normas cívicas y morales y las obras públicas que el gobierno había realizado desde que estaba en el poder”*. Ese modo de preguntar patentiza una y la misma respuesta para todos, en todo lugar. Ese interrogatorio más que poner en ejercicio el pensamiento le confiere calidad de responso al pensar para colocar en primer lugar la memoria de una respuesta preconcebida.

Valeria pregunta sin preguntar: “Tengo una cosa que tú no tienes”. Valeria abre la puerta para salir a buscar y su hermano de siete años asume el riego y en ese salir anda arrojándole preguntas a su vida. Anda por ahí preguntando. Sólo cuando por ahí anda es que se anima a saber lo que todavía nadie sabe. Eso que no puede ser transmitido por la disciplina de las instituciones, eso que escapa al orden de todo lenguaje, eso que emana de las prácticas y nos constituye como sujetos de experiencia y de lenguaje. Rechina, una y otra vez la adivinanza de Valeria y su hermano se arroja, al límite del golpe, a la personalización intransferible de lo que lo inquieta, de lo que sabe oculto o disimulado.

2. El orden del lenguaje

En tanto la realidad nos excede, cognitivamente podemos aproximarnos asintóticamente a ella y producir escorzos, cuadros, esquemas, sistemas, constructos, objetividades. Nuestro acceso a la realidad es, justamente eso, “nuestro acceso”, “nuestro constructo” el que vale en cuanto realidad, aunque, “la” realidad se nos escape. Atendido este supuesto vale señalar una dificultad epistemológica, axiológica y política. En tanto entendamos que la objetividad es una construcción humana –socio-históricamente situada– inhibimos la pretensión de atribuirle la capacidad de copiar, de captar, de aprehender la realidad “en sí”. El iluso que así lo pretenda incurrirá en un totalitarismo.

Si el lenguaje es el instrumento con el que construimos la realidad, es decir, nuestra realidad y, si adherimos a la ilusión de que el lenguaje puede nombrar lo que las cosas son “en sí” entonces será posible exigir de ciertos constructos saberes sobre lo humano. A tal punto que sería posible construir estereotipos en los cuales todos y cada uno quepan. Han existido tales estereotipos porque han tenido lugar tales ilusiones.

“Los lenguajes nos recubren absolutamente y es en ellos, y a través de ellos que nos identificamos y que nos identifican, que nos asignan un lugar en la sociedad, una tarea, una función. Y todo eso nos lo cuentan y lo sabemos aun cuando percibamos la cuota de constructividad de los mapas que nos recubren por entero” (Roig, 1995: 3).

Somos puro cuento. Somos sujetos de lenguaje que nos constituimos mediados por el lenguaje. Los cuentos soporíferos nos han acunado, arropado, dormido, ahogado, nos han asignado un lugar en una madeja narrativa en la que no hemos podido más que regurgitar, una y otra vez, la leche de la teta materna. Algunos cuentos, algunos estereotipos, algunos constructos han servido a formas injustas de relación –tal que la feminización, infantilización, machización de prácticas discursivas y no discursivas colonizantes y colonizadoras–, otros han abierto la posibilidad de alzarse en actitudes de emergencia y liberación.

Conocemos a nuestro actante, por los personajes secundarios, por los lugares que frecuenta, por las prácticas habituales. La narradora nos hace saber que tiene una hermana Valeria. Que tiene un tío, Daniel, enfermo y hospitalizado, que no es ni capitán ni coronel. Que tiene madre y padre. Que va a la escuela. Que hay palabras que no conoce y otras que no sabe escribir. Que ojo va sin “h”. Que en la escuela no se permiten gomas. Que el modo más apropiado de borrar una “h” demás es: con el dedo índice de la mano derecha, luego de haber salivado sobre él, incurriendo en el frotado reiteradamente, sin llegar al límite de toparse con briznas de papel en la yema del dedo ni mucho menos visualizar una lagunita azul en la hoja. Que tiene un “0” púrpura, obsceno en la libreta. Que aún así es un desposeído. Él, el sujeto del discurso, no tiene nombre. La letra “h”, imposible de pronunciar, el

número “0”, no designa cantidad, y, él, el innombrado.

Esto nos cuentan de él, pero ¿qué cuento le cuentan a él? ¿Qué moralidad rige en la objetividad que lo constituye como sujeto de lenguaje? ¿Aquella destinada a frenar formas de emergencia o aquella que augura la liberación? ¿Aquella que refuerza relaciones de control y vigilancia o aquella que se dispone a construir un nuevo mundo en el que sean posible otras relaciones?

3. Las instituciones disciplinarias

Las prácticas sociales engendran dominios de saber de acuerdo con la dinámica de las fuerzas de poder. Estos saberes crean nuevos objetos, nuevos conceptos, nuevas técnicas y constituyen nuevos sujetos de conocimiento. No hay saber sin poder. No hay poder sin saber. No hay subjetividades sin poder ni saber. Las relaciones entre saber y poder no sólo producen la verdad en el contexto de una episteme determinada sino también el modo de llegar a ella.

“Los códigos fundamentales de la cultura –los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas– fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los cuáles se reconocerá. En el otro extremo del pensamiento, las teorías científicas o las interpretaciones de los filósofos explican por qué existe un orden en general, a qué ley general obedece, qué principio puede dar cuenta de él, por qué razón se establece este orden y no aquel otro. Pero entre estas dos regiones tan distantes, reina un dominio que, debido a su papel de intermediario, no es menos fundamental: es más confuso, más oscuro y, sin duda, menos fácil de analizar. Es ahí donde una cultura ...se libera lo suficiente para darse cuenta de que estos órdenes no son los únicos posibles ni los mejores; de tal suerte que se encuentra ante el hecho en bruto de que hay, por debajo de sus órdenes espontáneos, cosas que en sí son ordenables (...)” (Foucault, 1993: 5-6).

Daniel es el otro: el enfermo, el loco. Quien no pertenece al espacio que roza el límite de lo normal sino que está más allá del orden deseado como aquello que no pertenece al orden de las cosas sino más bien al desorden. En tal sentido su estar está fuera de lo discursivo. Daniel no importa como ser humano, como uno más. Importa sólo como portador de una enfermedad, como límite entre lo normal y lo anormal, sólo como frontera entre “el” orden y el caos. Es un caso, el lugar donde se ha alojado la enfermedad. De este otro lado, tiene lugar “el” orden, la normalidad, la salud. Mientras el innombrado es enrolado en la escuela, Daniel, el sujeto de la enfermedad, es excluido a la determinación de un lugar del que no se da cuenta a la indeterminación del lenguaje. Daniel está en un no-lugar. El conocimiento que tenemos, tanto de Daniel como del innombrado, es previo a la constitución de sus sujeciones. El saber es previo a la identidad, el cuento los constituye como sujetos de lo enunciado.

El innombrado se mueve en un espacio de “dissección” entre el orden y el caos, entre lo mórbido y lo sano, entre lo normal y lo patológico. Fuera de “el” orden fuma a escondidas, borra con el dedo, rivaliza con las mujeres. Un espacio en el que aún no se consolida “un” orden sino que más bien se tiene la experiencia de cosas ordenables en “cualquier” orden como posible. El innombrado quiere escapar al disciplinamiento escolar y a la disciplina familiar del mismo modo en el que no puede ingresar a ese no –lugar que yace fuera del discurso, allí, en el hospital, con Daniel. No se trata de la extravagancia de un encuentro sino más bien la bisagra que aproxima dos órdenes. Es justamente el espacio de proximidad entre el orden y el caos. Allí el innombrado, el infante de siete años, intenta nombrar “lo que no tiene”, intenta denunciar toda noción de disciplinaria vinculada a prácticas impuestas, preceptivas, normativas, autoritarias, que le impongan obediencia para hacer brotar el instante del relámpago poético entre lo efímero y lo inmortal, entre lo rompible y lo durable, entre transitorio y lo esencial, entre lo contingente y lo destinado, entre la memoria y olvido.

“Por más importante que fuera lo que estaba escrito, se consumía con el papel. Tendría que escribir en los troncos de los árboles, para que resistieran. Aunque éstos también se quemaban. En piedra; iba a escribir los poemas en piedra” (7).

El infante de siete años aprende ortografía en la institución escolar con el maestro-oficial sin preguntar en serio. *“Al primer intento nunca sabía si hoja se escribía con jota y con hache y ojo con jota pero sin hache”* (8). El infante-poeta escribe *“Tierra y polvo; // Mar y humo; / luna y cuervos; /sol y túneles/ en el espacio, flotan como agujeros”* (9). En este espacio que hace de bisagra entre dos órdenes el infante, el que no tiene voz, habla otro lenguaje, nombra otro mundo, atiende a otros órdenes. Mas intenta por todos los medios comprender “el” orden y se atreve a preguntar, ahora, fuera de la escuela, pero en serio: *“¿Quién le puso el nombre a las cosas?, le preguntó a su padre. El primero, el primero que las nombró. El que eligió los sonidos y dijo: El lugar donde vivimos se llama casa y el astro que brilla a lo lejos se nombra con la palabra sol”*. Es que el innombrado sabe que *“para imponerlo, para dar la orden de que fuera así (y en el mundo siempre había imposiciones y órdenes, por lo que él iba observando) era necesario hablar, y para hablar era preciso antes saber qué querían decir los sonidos”*. El infante, el sin voz, el que aún no habla el lenguaje de los que ordenan el mundo vuelve a preguntar *“¿Cómo dar la orden de llamar al sol, sol, sin antes llamar de alguna manera a las cosas? Es un acuerdo hijo –dijo el padre fastidiado– lo que se llama convención. ¿Quién había establecido que las cosas que desaparecían, las cosas pasajeras, eran efímeras? ¿Cómo había sido aceptada la primera orden?”*

(10).

El sujeto que surge de esta fábula es un sujeto que no sólo quiere saber sino que además ha podido hacer experiencia de lo aprendido. Aprende haciendo, tal que los infantes; y como ellos debe aprender, de lo contrario no hay socialización. En aquel espacio-bisagra entre un orden y un des-orden en el que es posible experimentar cosas ordenables por el lenguaje y en él, el innombrado se constituye en sujeto de experiencia y de lenguaje. En otro orden de cosas, la distribución de premios y castigos, hace del sujeto del discurso un desposeído *“Cuando vio la hoja con aquel agujero en el lugar que antes había ocupado la hache, el oficial, que estaba dictando una frase, continuó sin inmutarse, su paseo, pero asió la hoja, la miró al trasluz, como si sospechara que había una inscripción velada, confidencial, y luego, continuando la frase y el paseo, la rompió en mil pedazos”* (11). Mas la posibilidad de la conservación de aquel espacio yace anulada al saber que *“el lenguaje es de los que mandan”* (12). En ello el triunfo de las instituciones disciplinarias la utopía de un orden otro en el que todos seamos propietarios.

Pragmática disciplinar

Es inevitable reconocernos en este sujeto. Es inevitable situarnos en los primeros años de nuestra vida, ya sea por él, ya sea por Valeria. Es inevitable identificarnos con la actitud del niño explorador que creer “no estar” cuando tapa sus “hojos” con un velo y que se devela cuando sus “hojos” están a la intemperie. Pero también es inevitable reconocernos en la naturalización de una sociedad que inhibe las “h”, que coloca “0”, que desposee, que excluye a los enfermos, que des nombra y, que por ello, obstaculiza nuestra visión.

Con este niño-poeta de siete años, Peri Rossi alegoriza la inocencia de un lugar en el que cabe la utopía explicitando las posibilidades de concebir heterotopías antes que la monotopía impuesta culturalmente. Este sujeto de experiencia y de lenguaje no ha podido alzar su voz, sino que más bien ha sido oprimido por un lenguaje que no es su lenguaje, pero que inevitablemente lo constituye identitariamente como parte de la narratividad que cuenta quién es en una sociedad de control tal que la nuestra.

Notas

1. PERI-ROSSI, Cristina. *Viviendo*. Montevideo, Alfa, 1963.
2. PERI-ROSSI, Cristina. *Cosmoagonías*. España, Barcelona, Editorial Juventud, 1988. Se cita por la edición de 1994.
3. Nuestra lectura entiende los signos en el sentido peirceano, es decir, asignándoles un valor triádico (el signo –lo que representa–, el objeto –lo que se representa– y el interpretante –quien produce su relación–). En primer lugar se atenderá a los signos del “representamen” (el cuento) y su articulación como nivel sintáctico. Seguidamente leeremos los signos que conforman el “fundamento” asociado al nivel semántico, para culminar con los signos que construyen el “interpretante” final expresado en el nivel pragmático del signo.
4. KOVADLOFF, S. *¿Qué significa preguntar?* En: *La nueva ignorancia*. Emecé editores, Bs. As., 2001. p. 187-190.
5. ROIG, A. *Cuento del Cuento*. Conferencia. CRICyT. Mendoza, 1995.
6. FOUCAULT, M. *Prefacio*. En: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Argentina, siglo XXI, 1993.
7. Peri Rossi, 1994: p. 89.
8. Peri Rossi, 1994: p. 88.
9. Peri Rossi, 1994: p. 89.
10. Peri Rossi, 1994: p. 91.
11. Peri Rossi, *Ibídem*.
12. Peri Rossi, 1994: p. 92.

Bibliografía

- FOUCAULT, M. *Prefacio*. En: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Argentina, siglo XXI, 1993.
- GREIMÁS, A. y COURTES, J. *Semiótica*. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Madrid, Gredos, 1982.
- GREIMÁS, A. *Del sentido II. Ensayos semióticos*. Madrid, Gredos, 1989.
- KOVADLOFF, S. *¿Qué significa preguntar?* En: *La nueva ignorancia*. Emecé editores, Bs. As., 2001. p. 187-190.
- PERI-ROSSI, Cristina. *Cosmoagonías*. España, Barcelona, Editorial Juventud, 1988.
- ROIG, A. A. *Cuento del cuento*. Conferencia. CRICyT. Mendoza, 1995.
- SAINT ANDRÉ, Estela. *Lectura sintáctica, semántica y pragmática de lo narrativo*. En: SAINT ANDRÉ, Estela y otros. *Contar el cuento latinoamericano actual*. San Juan, EFFHA, 2006.